191 Los comicos

GALERIA DRAMATICA.

2272

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

5

LOS CÓMICOS

DEL

REY DE PRUSIA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON ISIDORO GIL.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

FEDERICO II, *Rey de Prusia.*
STOLBAK, *Cómico.*
KIRKS.
EL CONSEJERO NIDERMANNESTEIN.
LA CONDESA DE POLSEN.
MARÍA.
OFICIALES, SOLDADOS &c.

La accion pasa en el castillo de Glatz, sobre la frontera austriaca.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

El teatro representa un pabellon abierto por el foro que da á los jardines. — Puerta á la derecha y otra á la izquierda. — Dos mesas, una á cada lado del teatro.

ESCENA PRIMERA.

STOLBAK. MARÍA.

Mar. Vamos: ahora, señor mio, podeis descansar; nuestro paseo ha sido algo largo y debeis estar fatigado.

Stolb. No os incomodeis por mí; ya he recobrado algunas fuerzas, y aun puedo resistir. Me siento enteramente bueno, gracias á vuestro cuidado, mi generoso y lindo doctor.

Mar. ¡Qué contenta estoy de veros restablecido...! Os aseguro que mi dicha sería completa si mi desgraciado padre hubiese recobrado su libertad.

Stolb. No hay que desesperar todavía. Si el rey Federico se ha negado hasta ahora al cange de prisioneros, los últimos reveses que ha esperimentado le obligarán á ser menos inflexible. La señora condesa de Polsen, que debe regresar hoy mismo, habrá hablado con María Teresa, y nos traerá sin duda buenas noticias.

Mar. ¡Oh! la condesa tiene un corazon magnánimo y bondadoso. Por mi causa tan solo ha emprendido ese largo viaje, y ahora que me encuentro aislada en el mundo quiere que la mire como madre.

Stolb. Por esa razon pienso hablarla en cuanto llegue de nuestros proyectos de casamiento, hermosa María.

Mar. No, no, Stolbak; hasta que mi padre haya obtenido su libertad no puedo...

Stolb. Pero ese dia no está lejos.

Mar. Es en vano que trateis de tranquilizarme. ¿Cómo quereis conseguirlo, cuando no ignoro que ni Mr. de

613052

Voltaire ni vos, que sois el actor favorito del rey de Prusia, habeis podido alcanzar su perdon?

Stolb. Es que no hemos sabido componernos... Yo hice conocimiento con vuestro padre en Berlin. El sentimiento que mostraba por verse en la imposibilidad de continuar defendiendo la causa de María Teresa, y sobre todo, su dolor por hallarse separado de su hija querida, me inspiraron el deseo de hacer lo posible por conseguir su libertad. Hablé á Voltaire, el cual intercedió por vuestro padre; pero el rey permaneció sordo á sus súplicas... Voltaire, picado, viendo que tan poco influjo tenia con su augusto amigo, lanzó epígramas, y yo, que creí humillado mi orgullo teatral, me vengué del modo que ya sabeis.

Mar. Por cuya causa el rey os mandó encerrar por diez años en la fortaleza de Spandau.

Stolb. Verdad es, pero se llevó chasco, porque fuí advertido á tiempo. Era un dia que representabamos la tragedia de Ayax en el teatro de la corte. Yo desempeñaba el papel de Hector: en una de las mejores escenas, el que hacia el papel de confidente se acercó á mí y me dijo con mucho fuego estos versos:

¡Y asi rebeldes tu terrible saña
no temen provocar! Piensan acaso
que el vencedor de Grecia asi se humille
á recibir la ley de sus contrarios.

En seguida añadió en voz baja. "Escápate, Stolbak, mira que te aguardan en la puerta un cabo y cuatro hombres." Yo, que aunque no me precio de historiador sé que Aquiles nunca metió á Hector en el cuerpo de guardia, no quise ser la causa de que Federico cometiese un solecismo histórico tan craso, y durante el entreacto, sin esperar á enmendar la errata, salí del teatro por una escalera escusada, tomé un caballo y me dirigí á escape hácia la frontera.

Mar. ¡Siempre con vuestro trage de troyano!

Stolb. Ni mas ni menos que un Patroclo. Llevaba tal paso mi pobre caballo, que reventó en el camino.

Proseguí mi fuga á pie hasta que llegué á este castillo fronterizo, y caí desfallecido y muerto de fatiga no lejos de las tapias de este parque.

Mar. Y yo me doy mil parabienes por la casualidad que me proporcionó el conocer al que habia intentado salvar á mi padre.

ESCENA II.

DICHOS. KIRKS.

Kir. (*Corriendo.*) Señorita María... Señor Stolbak...

Stolb. ¿Qué es lo que quiere el señor Kirks, nuestro buen cocinero?

Kir. ¡Albricias! Acaban de apearse á la puerta del castillo tres oficiales que vienen á anunciar la llegada de la señora condesa.

Mar. ¡De mi bienhechora... ¡Qué dicha!

Kir. Dicen que viene acompañándola el señor consejero áulico, Ni... Niderman... no puedo pronunciar su nombre... ¡ah! Nidermannestein.

Stolb. ¡Calla! ¿ese original que es el mas acérrimo enemigo del rey de Prusia?

Kir. Toda la nobleza de las cercanías vendrá á felicitar á la señora condesa... Habrá gran comida en el castillo, y yo, como cocinero, les preparo una gran sorpresa. A los postres voy á presentar con el Málaga un soberbio Federico de bizcocho de Savoya... ¡Qué cuadro! ¡sesenta mandíbulas austriacas devorando á Federico el grande metido en un plato de natillas...!

Mar. Haz lo posible porque se le parezca. ¿Quién no conocerá al rey de Prusia aunque no le haya visto en su vida? ¿Pero qué veo...? Stolbak... mirad, ¿no es aquella la señora condesa? (*Mirando por la puerta del foro.*)

Kir. Sí, la misma es, la señora condesa con el consejero Niderman... etcetera.

ESCENA III.

DICHOS. LA CONDESA. EL CONSEJERO.

Mar. (*Corre á abrazar á la condesa.*) ¡Ah! señora...

permitid que os pregunte, apenas tengo el gusto de estrecharos entre mis brazos, el éxito de...

Cond. La emperatriz no ha podido conseguir aun el cangé de prisioneros.

Mar. ¡Pobre padre mio!

Cons. Señora condesa, tendreis la bondad de dar las órdenes necesarias para que preparen el alojamiento de nuestros oficiales.

Cond. María, dispon que se ejecute lo que desea el señor consejero.

Mar. Voy á obedeceros.

Kir. Y yo me voy á mi cocina: (*Aparte.*) el rey de Prusia está en el horno y no quiero que se tueste.

Cons. Mucho siento la desgracia de María, pero espero que en breve obtendremos de Federico todo lo que pudieramos desear.

Stolb. ¿Cómo?

Cons. ¡Pues qué! ¿no sabeis...? Anda muy cerca de aqui... ha tenido el atrevimiento de ponerse á la cabeza de unos cuantos oficiales y arriesgar un reconocimiento hasta nuestras avanzadas. Ha sido sorprendido, perseguido y separado de su escolta. En este instante anda perdido en la fragosidad de esos bosques, y es de esperar que tendremos muy pronto á ese pícaro en nuestras manos.

Stolb. ¡Oh...! Señor consejero, hablad con mas respeto de ese grande hombre. Por mi parte os confieso que desearia poderle favorecer en su triste situacion.

Cond. ¡Es posible...! ¡Qué...! ¿os interesaríais por la suerte de un hombre que os ha proscripto tan injustamente?

Stolb. Si me desterró fue porque yo era culpable para con él bajo todos conceptos. Cuando el rey me negó la libertad del padre de María, yo, resentido y picado en estremo, tuve la audacia de remedarle. Me presenté delante de una reunion numerosa vestido como él, imité sus ademanes, su voz, supe copiar todas las maneras del gran Federico. Rara vez deja de ser aplaudida la sátira, y todo Berlin celebró mi atrevimiento y quiso juzgar de la exactitud de la imitacion.

Cons. ¿Con que le remedais hasta ese punto?

Stolb. Segun la opinion general, sería dificil no confundirnos aun hallándonos juntos; pero desgraciadamente me sucedió la misma aventura que á mi pobre compañero Harmant, que por el mismo motivo que yo se vió obligado á refugiarse en la frontera austriaca.

Cond. ¡Ah! sí, en efecto... ya me habeis hablado de ese artista... Vive cerca de aqui. Señor Stolbak, voy á importunaros de nuevo. (*Pasando á su lado.*)

Stolb. Señora, vos no podeis mas que agradar.

Cond. Hoy esperamos en el castillo toda la nobleza de las cercanías, y desearia que cuando estuvieramos todos reunidos en este pabellon, aparecieseis vestido de rey de Prusia. Ya podeis figuraros la sorpresa, el júbilo, las risas que causará vuestra presencia.

Stolb. Hace largo tiempo que me habeis manifestado ese deseo, y hoy mismo quedareis satisfecha: tendreis en vuestra presencia á vuestro regio enemigo; pero no podré complaceros por mí mismo. Sabiendo que habia funcion en el castillo, he escrito esta mañana á Harmant, que le imita con mayor perfeccion. La naturaleza le ha dado grandes ventajas sobre mí, pues tiene en su favor la voz, el aire y la fisonomía de Federico.

Cond. No importa... presentaos los dos. De ese modo tendrá aun mas chiste la escena.

Cons. ¡Bravo...! eso es... la abundancia de reyes nunca daña.

Stolb. Perdonad, señora, pero me sería doloroso poner á mi rey en ridículo cuando se ve desgraciado.

Cons. ¡Qué oigo...! ¿No quereis tener esa condescendencia con la señora condesa, cuando acaba de influir poderosamente para que os nombren director del gran teatro de Viena?

Stolb. ¡Será posible...! ¡ah...! cuán bondadosa sois. Veo que es imposible negarme por mas tiempo. Estoy pronto á complaceros, señora. Vendré antes que Harmant, el cual no puede presentarse aqui hasta muy tarde.

Cons. Cuidado con ella, señores, porque aqui teneis un hombre que ha visto mas de cien veces al rey de Prusia.

Stolb. ¿En el campo de batalla...?

Cons. No precisamente... pero le he visto... en una caja de tabaco... Con que es necesario que le imiteis bien y os deis prisa á hacernos ver ese terrible conquistador... Mis oficiales y yo estamos rabiando por tener esa entrevista.

Stolb. (*Ap.*) Apuesto á que ellos mismos se admiran de su audacia. Esta será sin disputa la vez primera que se atrevan á mirarle cara á cara.

Kir. (*Que viene por el foro.*) Señora condesa, ya van llegando al castillo los convidados.

Cond. Voy á recibir á mis amigos. Kirks os ayudará á vestiros, y despues irá á dar prisa á Harmant para que venga.

Cons. Señor Stolbak... no olvideis nada... mucho tabaco en los bolsillos, el tono brusco y una gran coleta.

Cond. Nosotros tambien haremos nuestro papel. Recibiremos al gran Federico como enemigos generosos que saben tributarle los honores de la hospitalidad.

Cons. Le prometemos adhesion, obediencia ciega y vasos de agua y vino á discrecion. (*Riendo. El consejero da la mano á la condesa y vanse.*)

ESCENA IV.

STOLBAK. KIRKS.

Kir. ¡Ea...! ya os veo decidido por último á hacer el rey de Prusia... (*Stolbak se sienta en la mesa de la derecha.*) Y pregunto, ¿dónde encontrareis trage?

Stolb. ¡Calla...! ¿pues para qué he mandado traer de Berlin mi guardaropa...? Vamos, haré una lista para no olvidar nada... hay tantas pequeñeces... Botas de montar... calzon de terciopelo... (*Saca una cartera y escribe.*)

Kir. Sí, sí, apuntadlo todo, porque habeis de saber que yo soy muy capaz de juzgaros... no como el consejero Niderman... etcetera... Aqui donde me veis, he tenido relaciones muy directas con el rey de Prusia.

Stolb. ¡Qué dices, hombre!

Kir. Fue en Berlin. Yo me hallaba entonces sirviendo

en una confitería. Un dia que llevaba á cierta casa un plato de huevos moles tuve que atravesar por la plaza mayor, y justamente las tropas tenian revista en ella. Quise pasar por entre las filas... imposible: una compañía de granaderos se me echó encima, y fueron tantos los empujones que recibí por todos lados, que vine á parar en medio de un grupo de oficiales. Al pronto me quedé aturdido y sin saber lo que me pasaba, pero entusiasmado á poco rato por la música militar, me puse á marchar al paso con aire marcial y muy grave... trum... trum. (*Se pone el sombrero y marcha.*) Siempre con mi plato de huevos moles en la cabeza. Ya habia dado algunos pasos lleno de un bélico entusiasmo, cuando de repente recibí por detras un puntapie... ¡pero qué puntapie...! el mas bien dado que hombre alguno ha recibido en el mundo... ¡Vuélvome á mirar, y me encuentro cara á cara con el gran Federico! Hé aqui (*Quitándose el sombrero.*) cómo he tenido el honor de hacer conocimiento con S. M.

Stolb. ¡Bueno...! En efecto, (*Riendo.*) fue un honor recibido por mala parte. Ea, vamos, no quiero hacerme esperar... Por fortuna (*Va oscureciendo.*) el pabellon que yo habito está al otro lado del parque.

Kir. Sí, sí, bien podemos darnos prisa, porque el cielo se va oscureciendo; va á llover, y no me sería muy gustoso volver calado como una sopa cuando venga de buscar al señor Harmant. (*Vanse.*)

ESCENA V.

FEDERICO, *solo.—Noche. Se oye un redoble de tambor: la orquesta toca una música sorda que imitará una tempestad á lo lejos. La luz de los relámpagos entra hasta el foro. Se oye el ruido de la lluvia, y truenos lejanos. Federico aparece en el foro, y se acerca con precaucion.*

No hay nadie... Gracias al cielo he podido escapar de sus manos... ¿Dónde estoy...? ¿Este castillo pertenece á alguno de mis partidarios, ó es propiedad de algun

personage adicto á María Teresa...? Sea de quien fuere, he hecho bien en refugiarme en él... Separado de los mios, perseguido y á punto de caer prisionero, he penetrado en este parque... A cada paso tropezaba con un centinela austriaco... patrullas... En fin, me he visto obligado á esconderme entre las malezas. ¡Si pudiera hablar al dueño de este castillo, pedirle hospitalidad y encargarle hiciera llegar al general Frield estas órdenes, estos papeles... que he tenido que esconder en el sombrero...! ¡Qué horrible situacion...! Pero... si es uno de mis enemigos, me denunciará... ¡Denunciar á un enemigo indefenso! No puede ser tan vil... ¡Qué júbilo para María Teresa si pudiera verme en este momento! ¡Cuán caro me haria pagar mis últimas victorias... ! Vamos, (*Se sienta en la mesa de la izquierda.*) Federico, hoy es preciso que trates de merecer el sobrenombre de grande que la Europa te ha dado. Podrán vencerte... arrastrarte en triunfo á Viena ; pero tú los desafias á que logren abatir tu espíritu ó alejar la calma de tu corazon. (*Despues de haber reflexionado un momento.*) Quiero acabar aqui los versos que empecé en mi derrota de Praga. Asi verán que el infortunio se ha estrellado contra mi frente. (*Adormeciéndose.*) ¡Hacer versos estando á punto de perderlo todo...! ¿No es esta verdadera grandeza? ¡Grandeza, Federico...! no es sino amor propio. Voltaire tiene razon, es la última cosa que nos abandona. (*Recita los versos poco á poco. — El sueño va apoderándose por grados, hasta que queda dormido profundamente.*)

Ayer ufano, triunfador... Al mundo
hoy vencido le cuento mis campañas:
mayor renombre y valimiento fundo
en sufrir mi baldon que en mis hazañas.
La mano de la suerte rigorosa
es la piedra de toque en que se apura
un alma en ardimientos generosa:
un noble corazon, su fuerza dura
opone al infortunio, cual resiste

al buril el diamante peregrino.
A quien él no venció, vence el destino.
Dichoso en mil, desventurado en una:
no me faltó el valor... fue... la... fortuna.
(*Queda dormido.*)

ESCENA VI.

FEDERICO, *dormido.* EL CONSEJERO. LA CONDESA. CONVIDADOS. UN CRIADO, *con luces.*

Cond. Venid: ya está aqui Stolbak... (*Reparando en Federico, y dirigiéndose adentro.*) Silencio... S. M. reposa.

Cons. (*Con aire burlon.*) Silencio... silencio.

Cond. ¡Admirable...! ¡admirable...! (*Todos rodean á Federico.*) Es absolutamente el mismo Federico.

Cons. No soy de vuestra opinion, condesa... no es asi el rey de Prusia. (*Mirándole con un lente.*) Podia haber sacado mas partido... Sin embargo... hay alguna cosa... ¿pero por qué diablos duerme?

Fed. (*Soñando.*) ¡Soldados... á mí...! ¡Salvad á Federico...! ¡María Teresa... Viena... á ellos... victoria...!

Cond. Finge dormir... Imita hasta el sueño agitado de Federico.

Todos. Bravo... bravo... (*Dando palmadas.*)

Fed. (*Despertando sobresaltado.*) ¿Quién va...? ¿quién está aqui...?

Cond. ¡Qué perfeccion...! ¡Es su misma voz!

Fed. (*Aparte.*) ¡Oficiales austriacos...! soy perdido. (*Alto.*) Señores, soy vuestro prisionero, pero espero ser tratado con el respeto debido á mi clase, y al desgraciado acaso que me pone en vuestras manos.

Cond. (*A los convidados.*) Vamos, hagamos tambien nosotros nuestro papel... (*Alto.*) Es cierto, señor, que os hallais en medio de vuestros enemigos, pero no nos crea V. M. tan viles que nos aprovechemos de la casualidad que le ha hecho caer en nuestro poder.

Fed. ¡Cómo!

Cond. No, no abusaremos de nuestras ventajas, porque de hacerlo asi ¿qué gloria alcanzariamos? ¿qué lauros

reportaria á mi patria vuestra prision si pudiera decirse: el austriaco ha hecho prisionero al rey de Prusia, pero Federico estaba solo, indefenso, abandonado de los suyos...?

Fed. ¡Ah señora! ¡cuán noble y generosa sois...! La Europa conocerá algun dia vuestra heróica conducta, y os hará justicia.

Cond. Señor, tal conducta es mas comun entre nosotros de lo que quizás creen nuestros enemigos.

Fed. ¿Y es á Federico á quien tratais asi? ¡Y empleais tanta generosidad con el que tantos males ha causado á vuestra patria! ¡Ah...! qué buena leccion para los ingratos que han olvidado los beneficios que les he dispensado... para esos hipócritas, cortesanos de los reyes, que nos adulan hasta en nuestro sueño, y nos abandonan cuando su vil egoismo ve perdido á su rey y á la nacion, tal vez por su causa. Pero decidme, ¿estoy muy lejos de mi cuartel general?

Cons. No señor... Esta noche podremos conduciros á él con el mayor sigilo, si lo permite V. M.

Fed. Bien, bien; ¿pero y esos soldados que he encontrado en el parque?

Cons. Nada temais... El primero (*En accion de amenazar.*) que mueva los labios...

Fed. Bien... bien... (*Toma sucesivamente muchos polvos de tabaco del bolsillo del uniforme.*)

Cons. ¡Ah...! ¡eso sí que está bien! ¡Bravo...!

Fed. ¡Eh...! ¿Qué es eso?

Cons. Nada, señor.

Cond. V. M. me permitirá interceda por el término de una guerra tan cruel y sangrienta. El recuerdo de nuestras campiñas devastadas, y de tantos valientes que han perdido la vida por defender su patria, no podrán menos de condoleros. ¡Ah! salgan de vuestra boca palabras de paz y de consuelo, y dos naciones poderosas os colmarán de bendiciones.

Fed. Señora... tan cansado estoy de esta sangrienta guerra como el Austria. Ya he pensado alguna vez... pero eso depende del éxito de grandes proyectos. No obstante, en el dia debo demasiado á los súbditos de María Teresa, para no conceder un armisticio á su so-

berana. Tantas batallas sin ventaja alguna deben haber abrumado á la emperatriz... la dejaré respirar.

Cons. (*Con tono burlon.*) Señor, la emperatriz no se sofoca.

Fed. Hacedla saber que otorgo una tregua de un año.

Cond. ¡Ah señor...! El cielo os colme de felicidades. V. M. tendrá quizás necesidad de descansar... voy á dar orden...

Fed. Os lo agradezco, señora... Prefiero quedarme un instante aqui solo.

Cond. Como sea del agrado de V. M. (*Bajo al consejero.*) Nos prepara sin duda alguna nueva sorpresa.

Cons. (*A la condesa.*) Estoy fuera de mí de impaciencia por ver al otro truan de Harmant. Lo que es Stolbak no lo hace mal.

Fed. Retiraos. (*Todos se van retirando poco á poco. La condesa vuelve á Federico, y le dice:*)

Cond. ¡Admirable... sublime!

Cons. ¡Sorprendente! (*Idem.*)

Fed. (*Al consejero.*) ¿Cómo...?

Cons. ¡Sorprendente!

Cond. (*Bajo al consejero.*) Estoy segura de que María, que no está enterada de nada, le tomará por el rey de Prusia.

Cons. ¡Pobre María...! mucho me voy á reir con ella...

Fed. Marchad... marchad os digo. (*Todos se van, haciendo una cortesia á Federico, y salen riendo.*)

ESCENA VII.

FEDERICO. *A poco* MARÍA.

Fed. (*Mirándolos salir.*) ¿Qué significa esto? ¡En medio de tantas señales de respeto esas risitas burlonas y mal reprimidas! ¿Qué me importan...? Debo confesar que he salido de un gran apuro. Esta tarde me reuno con mis tropas, cambio mis planes de campaña, y doy al general Frield orden de atacar... ¡Diablo...! pero ahora me acuerdo... ¡y esa maldita tregua que he prometido...! Ya se ve, me he visto apurado, y

para lograr mi libertad hubiera dado el mismo Berlin... todo sería reconquistarle despues. (*Se sienta en la mesa de la derecha.*)

Mar. (*Aparte y mirando á Federico.*) ¿Quién es este estrangero? ¡Dios mio...! ¡qué veo...! asi retratan á... él es... es Federico... ¡y aqui, en medio de sus enemigos! Hé ahí en fin al que me ha hecho verter tantas lágrimas.

Fed. (*Volviéndose.*) ¿Qué quereis? (*Con amabilidad viendo su timidez.*) Acercaos, hija mia.

Mar. Perdonad, señor... pero... la sorpresa, el temor...

Fed. Tranquilizaos... hablad; ¿por qué temeis desagradarme viéndome aqui? (*Levantándose.*)

Mar. Señor, he temblado al principio á vuestro aspecto severo, pero vuestra bondad me reanima, y me atrevo á pediros la libertad de mi padre.

Fed. ¿Vuestro padre?

Mar. Es vuestro prisionero... El capitan Jorge Schmit.

Fed. Jorge Schmit... ¡Ah...! sí... ese por quien intercedieron Voltaire y el buena pieza de Stolbak.

Mar. Dignaos, señor, restituir á una desgraciada jóven el único apoyo que la resta en el mundo... Hablad; ¡una sola palabra vuestra puede hacerme tan feliz...!

Fed. Levantaos, hija mia. ¡Es posible que imploreis al que ha perdido todo su poder...! ¡os humillais hasta la súplica cuando en este momento podeis sin riesgo echarle en cara el mal que os ha causado...! (*Se sienta á escribir.*)

ESCENA VIII.

FEDERICO, *sentado.* MARÍA. EL CONSEJERO.

Cons. Ya le tengo aqui, ya le tengo.

Fed. (*Sobresaltado.*) ¿A quién? ¿qué decís?

Cons. Un proyecto el mas grande que se ha inventado... me ha venido como un dolor de cabeza... Trátase, querido amigo... (*Movimiento de Federico.*)

Fed. ¡Su amigo...! ¡Este hombre es tonto...!

Mar. (*Bajo al consejero.*) ¡Qué haceis, señor consejero... os atreveis á hablar de ese modo á S. M...!

Cons. (*Idem á María.*) ¡Cómo...! vos tambien creeis...

Mar. Silencio en nombre del cielo... está firmando la libertad de mi padre.

Cons. ¿Con que le tomais de veras por el rey de Prusia...? ¡Ja! ¡ja! ¡ja...! (*Rie.*) Ya tengo para reir siempre que me acuerde.

Mar. ¿Qué quereis decir?

Cons. Si es nuestro amigo... Ese diablo de Stolbak... ¡Ja! ¡ja! ¡ja...! (*Idem.*)

Mar. ¡Es él...! ¡Cómo se desfigura asi un cómico! habrá cedido sin duda á los deseos de la condesa... ¡eso está muy mal hecho, muy mal...! haberse divertido con mi dolor... ¡Oh...! qué buena reprimenda le voy á echar.

Cons. Preparaos: está enfadada, y os va á echar una peluca. (*Bajo á Federico, que se levanta doblando un papel.*)

Fed. ¡Eh...! ¿Qué es lo que quiere decirme este majadero...? (*Aparte.*) Señorita, hé aqui lo que me habeis pedido. (*A Maria, dándole un papel.*)

Mar. Dejadme, caballero... estoy muy enojada con vos.

Fed. ¡Qué lenguaje!

Mar. Es muy lindo... muy chistoso lo que acabais de hacer. Recrearse á espensas de mi afliccion; y todo ¿por qué...? por divertir un momento á la reunion... y sabiendo que os lo habia prohibido. Vamos, señor mio, si quereis hacer las paces, iros á quitar al instante ese trage. Si supierais qué feo estais con él...

Fed. (*Dando con el baston en el suelo.*) ¡Voto á...! (*Aparte.*) Muchos habrán podido pensarlo... pero por mi nombre, esta es la primera vez que se han atrevido á decírmelo cara á cara.

Mar. ¿Con que no quereis hacer lo que os digo...? ¿volveros buen mozo?

Cons. Vaya, en efecto... ya podeis hacerlo... la farsa está terminada: enderezad esa cabeza con mil diantres, porque estoy temiendo que se os tuerza el pescuezo.

Fed. (*Amenazándole con el baston.*) ¡Insolente...!

Cons. ¡Ah...! ahora sí... eso es... ¡siempre en su papel! ¡bravo...! ¡bravísimo...!

Fed. Pero... pero... (*Aparte.*) señor, ¿habré yo caido en una casa de locos?

Mar. No en vano me admiraba yo de ver en libertad al rey de Prusia en este castillo, en donde se hallan sus mas irreconciliables enemigos. Sobre todo el señor consejero, que le odia tanto y que no aspira mas que á la dicha de saber que se halla en poder de María Teresa.

Cons. Es verdad; y gracias al proyecto que he forjado...

Fed. (*Aparte.*) ¿Pero por quién me tienen aqui?

Mar. ¿No reparais en lo feo de vuestra conducta? Vamos, todo lo olvidaré si consentís en hacer lo que os he pedido esta mañana.

Fed. (*Ap.*) ¡Qué diablos habrá pedido ésta, esta mañana!

Mar. Sí; os perdonaré si consentís en naturalizaros austriaco.

Fed. Yo... ¡voto á...! Esto es demasiado... ¡Yo austriaco...! ¡nunca! vive Dios... nunca.

Mar. ¿Os negais...? entonces todo se acabó entre nosotros... ahí teneis vuestro retrato, que habia jurado no apartar de mi lado.

Fed. (*Aparte.*) En fin, voy á saber quién soy.

Mar. Tomadle... tomadle. (*Se lo da.*)

Fed. (*Mirándole y aparte.*) ¡Stolbak...! ¡ah...! Vaya, ahora lo comprendo todo: el buen alhaja me representaba aqui... Con tal que no parezca antes de que yo haya podido escaparme...

Mar. Necia de mí, que creía que me amabais... (*Llora.*)

Cons. (*De pronto.*) Ya le tengo aqui.

Fed. (*Asustado.*) ¿A quién?

Cons. A mi gran proyecto.

Fed. (*Aparte.*) ¡Maldito hombre!

Cons. El rey de Prusia anda perdido, como ya os dije, en la espesura del monte vecino. Sus avanzadas se hallan á corta distancia de aqui. Voy á mandar que se disfracen mis granaderos con los uniformes de los prusianos prisioneros, y os poneis vos á su cabeza con ese disfraz... Al entrar en el campo enemigo, vuestro regreso causa una alegría general; pero sin darles tiempo á sospechar la estratagema, dais la orden de ataque y gritais "á ellos." Los prusianos os siguen y los conducís aqui. Durante ese tiempo yo emboscaré la gente del castillo y haré estender buena

cantidad de trampas y cepos en el bosque vecino. Caeis todos en nuestros lazos y os hacemos pedazos. ¿Qué os parece?

Fed. (*Aparte.*) Que asi podré escaparme. (*Alto.*) Que es un plan maravilloso, y debemos ponerle en ejecucion sin tardanza. Es preciso partir al instante.

Mar. ¿Y creeis que yo consentiré en ello, cuando estais espuesto á ser descubierto y tratado como espía? ¿No me escuchais? Pues bien; ya que no tengo sobre vuestro corazon poder suficiente para conteneros, me uniré á los que os acompañen, y no os sobreviviré si pereceis, Stolbak.

Fed. Señora... es imposible...

Mar. Nada me hará cambiar de resolucion.

Cons. ¡Stolbak...! ¡El cielo me inspira...! Nuestro arrojo va á asegurar el triunfo de la causa que defendemos. María puede tomar los vestidos de un page hecho prisionero... El Austria podrá decir que ha tenido tambien su Juana de Arco.

Kir. (*Sale corriendo.*) Señor Stolbak... Señor Stolbak... ¡Ah...! ¿ya estais aqui...? Despues que acabé de vestiros fuí á casa del señor Harmant, pero no puede venir porque está acatarrado. Os da plenos poderes para hacer solo el rey de Prusia.

Fed. (*Aparte.*) ¡Hola! ¡Harmant tambien!

Cons. Ahora ya no nos importa su presencia. Voy á mandar disfrazar á mis soldados; y vos, Stolbak, entrad en el salon para que no sospechen nada. Dentro de un cuarto de hora os espero aqui. Sigilo y prudencia.

Fed. Descuidad... Es imposible que Federico lo descubra. (*Vanse el consejero, María y Kirks, que ha tomado las luces para alumbrar. Federico entra en el salon. Stolbak aparece á breve rato, disfrazado de rey de Prusia. Es de noche.*)

ESCENA IX.

STOLBAK. *A poco* FEDERICO.

Stolb. La reunion se ha retirado de este pabellon, segun parece. Estarán en los salones. Vaya, cobremos fir-

meza y hagamos el grande hombre. Yo no sé por qué creo que voy á hacer un efecto sorprendente en este papel y con este trage. En tal caso, no seré yo el primero que habrá debido su fortuna á la ayuda de un trage prestado. Todo pende á veces en mostrar un vestido con muchos relumbrones, y á este, aunque feo, no le faltan. En fin, ánimo, y hagamos nuestra entrada en el salon. (*Se dirige hácia el salon, remedando con la perfeccion posible á Federico. El rey sale al mismo tiempo: ambos se tropiezan, se miran con sorpresa: en seguida Federico se arroja sobre Stolbak con el baston levantado. Stolbak se quita el sombrero para evitar el golpe y retrocede respetuoso y acobardado.*)

Fed. ¡Cómo...! Insolente, ¿te he de encontrar remedando siempre al rey de Prusia? Vamos, te perdono bajo condicion (*Se rie.*) de que en lo sucesivo me dejarás representar los Federicos, solo y sin agregado.

Stolb. (*Pónese de repente el sombrero y se acerca riendo.*) ¡Ja, ja, ja...! Como soy que me has metido miedo de veras... Ya se ve, no te aguardaba tan pronto, y he creido que eras... ¡Ah! pero es que tú siempre me causas la misma impresion. En fin, si no estuviera seguro de que eras tú, de que debias venir, de que yo mismo te he escrito... Vamos... ¿Sabes, chico, que estás perfecto?

Fed. (*Aparte.*) Como yo aguardaba me equivoca con Harmant.

Stolb. Te doy las gracias por la condescendencia que has tenido en venir, pero eso no quita para decirte que me has causado un miedo estupendo. Oyes, Harmant, ¡qué buenas caricaturas estamos...! ¡Ja, ja, ja...! Vaya un par de cabecitas para modelo, ¿no es verdad...? ¡Oh! lo que es tú tienes exactamente su facha exótica y estrambótica.

Fed. La mano me escuece... (*Aparte.*)

Stolb. Anda, que ahora es la nuestra y podemos vengarnos sin miedo de un príncipe que nos destierra inhumanamente... de ese déspota.

Fed. De ese malvado. (*Esforzándose.*)

Stolb. De ese bárbaro.

Fed. De ese tirano... de ese...

Stolb. Anda... anda... no te detengas... sigue... sigue... lo que es yo no te diré que basta. ¡Ah! si pudiera hacer llegar á sus oidos las pasadas que le he jugado...

Fed. ¿Y cuáles son...? Cuéntamelas... cuéntamelas.

Stolb. Ya te acordarás de nuestra linda compañera Julia, la que hacia las damas jóvenes. Yo llegué á averiguar que S. M. era mi rival favorecido, y viendo que la bella se mostraba sorda á mis pretensiones amorosas, tomé una noche este trage y me planté en la cita. La cruel hermosa creyó ver al rey de Prusia rendido á sus pies, y mientras que S. M. se deshacia á aldabonazos á la puerta... (*Habla al oido á Federico.*) ¡Ja, ja, ja...! Si Federico lo supiese... Pues otra vez que maltrató injustamente en un arrebato de cólera á uno de los soldados de su guardia cubierto de canas y cicatrices, yo me presenté al soldado ultrajado, y fingiéndome el rey, le dije: "Granadero, un soldado debe disimular las faltas de su rey, sobre todo cuando es el rey mismo el que le tiende la mano.

Fed. ¡Ah...! si Federico lo supiese... (*Colérico.*)

Stolb. Y tú, Harmant, ¿has olvidado ya todo lo que has hecho bajo ese disfraz? ¿No te acuerdas de aquel pobre viejo burgo-maestre que te trató como al verdadero rey, por lo cual le nombraste ministro al fin de la comida?

Fed. (*Aparte.*) ¡Pues voy sabiendo buenas cosas...!

Stolb. Ya se ve, tú le imitas mejor que yo, de suerte que debes haber hecho un grande efecto cuando entraste en el salon.

Fed. Bastante... Francamente, no te aconsejo el entrar despues que yo... (*Aparte.*) y no me faltan motivos.

Stolb. No importa, quiero probar... ¡Oh...! lo que tú habrás hecho es una imitacion ridícula del rey... yo quiero representarle en un paso dramático que le sucedió. Voy á ensayarte la escena.

Fed. (*Aparte.*) ¡Si nos sorprendieran aqui juntos!

Stolb. Escucha... Me hallo en mi campo y digo á mis generales: (*Imita la voz y accion de Federico.*) "Señores, el enemigo ignora nuestras posiciones... sus numerosas columnas nos buscan; no quiero presen-

tarles aun la batalla. Mando que esta noche reine el mayor silencio en el campo, y que no se encienda ninguna luz que pueda descubrirnos indiscretamente. El que contraviniere á mis órdenes, sea quien fuere, será sentenciado á muerte."

Fed. (*Aparte.*) Es verdad... asi fue.

Stolb. "Son las doce... veamos si mis órdenes han sido ejecutadas puntualmente." (*Imita el modo de andar y los ademanes de Federico.*)

Fed. (*Aparte.*) El pícaro me ha pillado bien, y me imita que es un primor.

Stolb. "¡Luz en una tienda...! Entremos... ¡Uno de mis pages que escribe!" — "¡Qué haceis ahí, señor mio! ¿Sabeis que he prohibido estrictamente... — Perdonadme, señor, escribia á mi madre. — ¿Habeis concluido? — Sí señor. — Pues añadid por posdata que dentro de una hora ya no tendrá hijo." — ¿Qué te parece? Esta es poco mas ó menos la escena que voy á representar.

Fed. Stolbak, diles que el rey le perdonó despues. (*Con viveza.*)

Stolb. Hombre, tienes razon, se me habia olvidado.

Fed. (*Ap.*) No tienen memoria mas que para lo malo.

Stolb. En seguida haré el rey de Prusia, y Voltaire... qué sé yo... quiero contentar á esa escelente condesa que ha influido poderosamente para que me nombren director del teatro Imperial... Mira, Harmant, no nos separaremos ya. Vente conmigo á Viena; tú harás los barbas, ya sabes que tienes mucha fama en ese género... Con que vamos, hablemos de tu contrata.

Fed. (*Ap.*) ¡Qué apuro...! Saben que Harmant está malo y voy á ser descubierto. Alguien viene... soy perdido. (*Kirks sale con luces, que coloca sobre la mesa.*)

Kir. ¡Dios mio...! ¡qué es lo que veo...! ¡Dos reyes de Prusia...! (*El rey y Stolbak se pasean hácia el foro imitándose uno á otro.*) Pues no hay remedio, aqui debe haber uno bueno entre los dos, porque yo he dejado á Harmant en la cama... ¿Pero cuál será? ¡Qué fortuna si descubro al verdadero Federico! ¡Ah! ¡mi famosa conversacion con S. M. en Berlin! (*Kirks*

toma un polvo con la mayor familiaridad en la caja de Stolbak: este le empuja bruscamente: Kirks retrocede y tropieza con Federico, que le da un puntapie.)

Kir. (*Echándose la mano.*) ¡Ah! aqui está mi verdadero rey de Prusia. Le reconozco en su manera de insinuarse... ¿Cómo haria para no confundirlos...? ¡Ah...! ya veo una señal... Bueno... Corramos á avisar al señor consejero. (*Vase.*)

Stolb. Harmant, ¿sabes lo que digo? que si quieres podemos entrar juntos en el salon.

Fed. No... me siento algo indispuesto... Quiero volverme á casa... ademas, el uno de los dos haria mala obra al otro.

Stolb. Tienes razon, porque tú tienes una gran ventaja sobre mí por la verdad del trage. Esa casaca huele á pólvora que es un gusto. ¡Oh! ¡y tu sombrero! tu sombrero sobre todo es una adquisicion admirable... ¡y está atravesado por una bala...! Harmant, muéstrate buen compañero y prestámele tan solo para ejecutar mi paso dramático.

Fed. No es necesario. (*Ap.*) Oigo ruido... es el consejero.

Stolb. Vamos... ¿no quieres? Pues yo me le tomaré. (*Arrebata el sombrero á Federico, le deja el suyo y se escapa.*)

Fed. ¡Maldito truan...! ¡Y los papeles que llevo escondidos en mi sombrero! ¡Ah! Ya está aqui el consejero... Con tal que yo pueda escaparme...

ESCENA X.

EL CONSEJERO. FEDERICO. KIRKS. SOLDADOS AUSTRIACOS.

Cons. Soldados, no dejeis salir á nadie sin mi orden.

Fed. (*Ap.*) ¡Soy perdido! ¿por qué dará esta consigna?

Cons. (*A Kirks.*) Pero aquí no veo mas que á uno.

Kir. (*Mirando á Federico.*) ¿Veamos si es este? No, no es él... Federico es el que tiene el sombrero atravesado de un balazo... este es Stolbak.

Cons. (*A Federico con misterio.*) ¿Sabeis con quién estabais hablando hace un instante?

Fed. (*De pronto.*) Sí... ¡con Federico...! Iba á preveni-

ros. Ha entrado ahí. (*Despues de haber reflexionado señala el salon.*)

Cons. ¡Victoria...! ya es nuestro. Mientras yo entro á hacer prisionero á S. M. marchad á ejecutar mi proyecto. En la última calle de árboles encontrareis los soldados disfrazados. Corred, el triunfo del Austria será completo... Ya podeis suponeros cuál será vuestro premio.

Fed. Pronto nos tendreis de regreso. (*Federico se aleja precipitadamente.*)

Cons. Ahora entremos con resolucion á apoderarnos de S. M.

Kir. Cuidado, señor consejero... el rey es muy violento y audaz...

Cons. ¡Ah! ¿Con que es muy audaz? No importa, entremos denodadamente. Granaderos, calen bayoneta.

Kir. Este es. (*Stolbak aparece sin ver á los que estan en la escena.*) Ese es el sombrero. (*Vase.*)

Stolb. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Será posible...! ¿qué significan estos papeles, estas órdenes reservadas escondidas en este sombrero... No hay duda... era él, era Federico el Grande. Por fortuna el salon estaba desierto... nadie habrá podido observar mi turbacion. ¿Pero cómo se encuentra en este castillo? Solo... ¡ah si yo pudiera librarle!

Cons. (*Ahuecando la voz y con énfasis.*) Señor, en nombre de María Teresa, emperatriz de Austria y reina de Ungría, daos á prision.

Stolb. (*Ap.*) ¡Ah...! ¡qué dicha...! me toman por él. Asi tendrá tiempo para evadirse. (*Alto.*) Señores, soy vuestro prisionero... que me conduzcan á Viena.

Cons. ¡Victoria...! ¡victoria...!

ESCENA XI.

STOLBAK. EL CONSEJERO. LA CONDESA. CONVIDADOS.

Cons. Soldados... ¡Viva María Teresa! Señora, dadme (*A la condesa, que sale.*) mil parabienes por nuestro triunfo. Este será el dia de mayor gloria para el Austria.

Cond. ¿Pero podeis esplicarme qué significa...?

Stolb. Sí señores, es inútil ocultarme por mas tiempo... Soy el rey.

Cond. Es imposible... ¿Estais seguro, (*Al consejero.*) señor consejero, de que es el rey?

Cons. ¿Me creeis capaz de dejarme engañar facilmente? Señor, voy á disponer vuestra marcha á Viena.

Stolb. Estoy pronto. (*Se oye un cañonazo á lo lejos.*)

Cons. (*Temblando.*) ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? (*Otro cañonazo.*)

Cond. Son cañonazos... Se oyen muy cerca.

Cons. Es estraordinario el efecto que me hacen... ¡soy tan nervioso...!

Cond. ¿Qué podrá ser?

Kir. (*Sale corriendo desatentado.*) ¡Ah...! no puedo mas... ¡estoy muerto...!

Cons. (*Temblando.*) ¿Quieres hablar, cobardazo... acabarás por meternos miedo.

Todos. ¿Qué es lo que pasa?

Kir. (*Tartamudeando.*) So... somos... perdidos. El... enemigo... ha... entrado en el castillo por sorpresa.

Cons. ¡Qué dices...! ¡Necesito tomar alguna cosa!

Kir. (*Idem.*) Los... prusianos se acercan... vuestra estratagema nos ha perdido... Stolbak y nuestros soldados han caido prisioneros.

Cond. ¿Qué es lo que dice este hombre, señor consejero?

Cons. (*Como Kirks.*) La... es... tra... tra... tagema sin... éxito... Stolbak... reconocido... soldados... prisioneros.

Stolb. (*Ap. idem.*) Yo... empiezo... á... temblar tambien... ¿Si Federico es vencedor qué será de mí?

Kir. No... no... hay... remedio, yo... los he visto.

Cons. Señor, no abusaremos de vuestra posicion... Pícaros, (*A los soldados.*) rendid las armas... Somos generosos, estais libre. (*A Stolbak.*)

Stolb. (*Idem.*) Me... va... á... mandar ahorcar... Vamos, no hay remedio.

Kir. (*Mirando al foro.*) Ahí estan... ahí estan los prusianos... y el pobre Stolbak con ellos.

ESCENA XII.

DICHOS. MARÍA, *de page*. FEDERICO. EL ESTADO MAYOR PRUSIANO. CONVIDADOS.

Cons. (*Ap.*) Vamos, no nos queda mas remedio que un poco de diplomacia... (*Los oficiales prusianos pasan á colocarse al lado de Stolbak. Este se quita el sombrero al ver á Federico.*) Es el único modo de salvarnos... (*Alto á Federico.*) ¡Hola! ¡aqui estás tú... miserable... gran bellaco que tienes la osadía de revestirte con el trage de un héroe magnánimo y generoso que admiramos todos...! de un héroe... ¿quieres quitarte el sombrero...?

Fed. (*Dando con el baston en el suelo.*) ¡Silencio!

Cons. ¡Cómo...! ¡Tú te atreves á imponerme silencio, vil histrion, miserable saltimbanquis! ¿Sabes que no aguardo mas que una orden de S. M. para mandarte fusilar en el acto?

Fed. ¡Cállese el majadero...!

Cons. ¡Qué es lo que oigo...! Diga (*A Stolbak.*) S. M. una sola palabra... para purgar la tierra de este...

Fed. Chito digo... El rey tan solo (*A Stolbak.*) debe mandar aqui. (*Se quita el sombrero.*)

Stolb. (*Aparte temblando.*) ¡Cuál será su designio!

Fed. (*Bajo á María.*) Vamos, María, haced lo que se os ha dicho.

Mar. Señor, el castillo de Glatz (*A Stolbak.*) ha caido por sorpresa en vuestro poder: ¿qué órdenes tiene á bien dar V. M.?

Stolb. (*Sorprendido y aparte.*) Esta voz... esa cara... no hay duda... es María.

Mar. Señor, aguardo vuestras órdenes.

Stolb. (*Ap.*) Vamos, no acabo de adivinar... ¡Obligarme á hacer este papel en su presencia...!

Mar. ¿Qué dispone V. M. de los prisioneros?

Stolb. Que sean restituidos á su patria bajo juramento de no servir jamas contra nosotros. (*Despues de una mirada imperiosa de Federico, Stolbak se cubre con resolucion é imita el porte y maneras del rey.*)

Fed. (*Aparte.*) Bien.

Mar. ¿Y despues...?

Stolb. Que se ponga en libertad al capitan Jorge Schmit, padre de la jóven María.

Fed. (*Ap.*) Muy bien.

Mar. ¿Y á la señora condesa de Polsen?

Stolb. Que se la trate con la mayor consideracion, y que su casa sea respetada.

Fed. (*Ap.*) Es muy justo.

Cond. Señor, nunca olvidaré tanta generosidad.

Mar. ¿Y al señor consejero?

Cons. (*Ap.*) Me va á condecorar por su propia mano.

Stolb. El señor consejero Nidermannestein quedará encerrado ocho dias en su habitacion á pan y agua.

Cons. ¡Ah! ¡señor, cuánta bondad!

Fed. (*Ap.*) Perfectamente, perfectamente.

Maria. ¿Y qué haremos del cómico Stolbak?

Stolb. (*De pronto.*) Es un pícaro... un miserable que se ha sustraido á mi justicia. (*Stolbak mira á Federico implorando su clemencia: este menea la cabeza en señal de negativa. Stolbak imita el mismo movimiento.*) Y que despues de haberme imitado en Berlin, ha tenido la audacia de remedarme aqui. Que se le forme consejo de guerra en el acto.

Todos. Perdonadle.

Stolb. No, debo ser inflexible con él.

Fed. (*Aparte, tomando un polvo.*) Bravísimo; no diria yo mas.

Cond. Me atrevo á esponer á V. M., que Stolbak está sinceramente arrepentido de lo que ha hecho.

Stolb. No quiero escuchar nada: que nadie me hable de él... (*Se pasea como enfadado.*) ¡Ah...! si yo estuviera cierto de que su arrepentimiento era sincero... entonces... mostraria menos severidad.

Fed. (*Meneando la cabeza aparte, y mirándole.*) No, no, no.

Stolb. (*Imitándole.*) Sí, sí, sí; yo le conozco... es un infeliz... un buen muchacho... que se deja llevar por su mala cabeza; pero su corazon es escelente... muy apreciado por todos los que le conocen.

Fed. Ta, ta, ta; ya no es eso... Voy viendo que será necesario volver á tomar mi papel. (*Idem.*)

Stolb. Un hombre de bien, en fin, que se ha comprometido seriamente, dejando que le tomaran por mí con el objeto de facilitar mi huida.

Fed. (*Aparte, mirándole y volviéndose.*) ¡Qué oigo!

Stolb. De suerte que si yo estuviera cierto de que era mas circunspecto en lo sucesivo olvidaria sus faltas, le uniria á la que ama señalándola un buen dote... y le concederia la plaza de director del teatro de Berlin, con una representacion á beneficio por los servicios que ha dispensado á S. M. y...

Fed. (*Alto.*) ¡Cómo se entiende...! ¡truan...! ¡te atreves á concederte tantas gracias en mi nombre!

Stolb. (*Arrodillándose.*) Señor...

Todos. ¡El rey...! (*Los oficiales pasan al lado del rey.*)

Stolb. Despues de haber labrado la felicidad de los otros, era natural que pensase en la mia.

Kir. (*Acercándose.*) ¡Oiga! es el rey... (*Movimiento de Federico.*) ¿Si querrá darse á conocer otra vez? (*Aparte.*)

Cons. Señor, perdonadme; pongo á vuestros pies mi cabeza.

Fed. (*Mirándole con desprecio.*) ¿Y qué diablos quieres que haga con ella? (*A Stolbak.*) Vamos, levántate. (*Le coge por la oreja.*) He querido juzgar yo mismo de tu imitacion. En verdad no me has representado mal. (*Volviéndose.*) Rectifico todo lo que Stolbak ha dicho.

Todos. ¡Viva Federico!

Fed. Señora condesa, respeto la tregua que he prometido. María, os vendreis con Stolbak á abrazar á vuestro padre á Berlin. Espero que ya no te (*Á Stolbak.*) espondrás á separarte de mí, y que no volverás mas á Viena.

Stolb. Sí tal, señor; alli irán á aguardaros y á celebrar vuestra entrada triunfal *los cómicos del rey de Prusia.*

FIN DE LA COMEDIA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.....	*Alegria.*
Cádiz.....	*Hortal y compañia.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*
Granada.....	*Sanz.*
Valencia.....	*Mallen.*
Coruña.....	*Perez.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Salamanca.....	*Moran.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar.*
Murcia.....	*Benedicto.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Córdoba.....	*Berard.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.....	*Cabrera.*
Jerez.....	*Bueno.*
Palencia.....	*Pastor.*